

# I

*México D.F.*  
(2009)

Cuando se despertó no podía moverse. Tampoco intuir lo que estaba a punto de suceder en su vida, ahora que ya lo creía todo perdido. El cuerpo le pesaba una barbaridad y un gran entramado de tubos y cables se cernía a su alrededor. Miró de frente y vio que una mujer de unos cuarenta años estaba apostada al pie de la cama, aunque debido a la bruma que velaba sus ojos no fue capaz de reconocerla. Sólo le llamó la atención el color vivo de su pelo. Giró un poco la cabeza y pudo ver que un monitor seguía puntualmente el ritmo de los latidos de su corazón. Se encontraba desorientado y había perdido por completo la noción del tiempo. Trataba de recordar cómo había llegado hasta ese lugar —que por el aspecto y el fuerte olor a desinfectante parecía un hospital—, pero por mucho esfuerzo que hiciese, no era capaz de conseguirlo. De repente, aquel endiablado aparato comenzó a pitar como loco, y al instante la mujer ya corría hacia la puerta.

—¡Ha despertado del coma!

Acto seguido, un grupo de médicos residentes llegó hasta allí. Unos empezaron a auscultarlo mientras otros leían los gráficos que iban saliendo del monitor. Durante un rato hablaron entre sí en una jerga profesional que no alcanzaba a entender, hasta que uno de ellos dijo en voz alta lo que todos parecían estar pensando.

—Es un milagro que lo haya superado, la verdad. No habría dado un peso por su vida.

—¡Ya cállense, por Dios! Está consciente y lo oye todo.

Al doctor Álvarez, responsable de la Unidad de Neurología, no le gustaba que sus residentes comentaran cosas delante de los enfermos porque los desmoralizaban y no contribuía en nada a su curación. Prefería que tomaran buena nota de sus reacciones y luego, en privado, se discutía sobre el diagnóstico y los resultados de los tratamientos previos. Este caso era verdaderamente especial, pues el paciente había llegado en muy malas condiciones y con un gran trauma emocional, y les había costado traerlo de vuelta a la vida. El médico se acercó lo más posible para que el anciano le viera la cara.

—¿Qué tal está? ¿Puede oírme? No hace falta que hable, pero si me oye, cierre y abra los ojos.

Obediente, siguió las indicaciones y luego mantuvo sus pupilas fijas en las del doctor.

—Muy bien. Ha estado usted inconsciente más de quince días. Lo iremos desentubando poco a poco para ver si puede respirar. ¿Okey?

El paciente volvió a cerrar y abrir los ojos. Para los médicos su recuperación había sido sorprendente, como si sólo hubiese estado durmiendo y de repente hubiera despertado del sueño. Para él, sin embargo, era como volver al infierno. Después de todo, no había llegado su hora; aún tenía que vivir y enfrentarse a esa parte de su pasado que le impedía sumergirse en las tinieblas del olvido.

A los pies de la cama, la nota garabateada de uno de los doctores destacaba en lo alto de la tablilla del control. Con trazo firme, había escrito: «Cosme Moreno». La puerta semientornada se abrió de nuevo, poco a poco.

## II

*Almazán, Soria*  
(última semana de mayo de 1936)

—¡Cosme Moreno! ¿Qué acabo de decir?  
—La voz de don Florentín se alzó estridente, sacudiendo a Cosme de arriba abajo. Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano de 1936 y se respiraba cierta expectación en el aula, presidida por la foto de don Niceto Alcalá Zamora.

Treinta niños de no más de diez años aguardaban la respuesta sin apartar la vista de un chaval pequeño con pelo pajizo, piel morena y unos ojos azules, enormes y almendrados, que se sentaba en el rincón más alejado de la estufa —ventajas invernales de los muchachos pudientes—. Como marcaba la norma, se puso en pie y cruzó las manos tras la espalda para contestar al maestro.

—Ha dicho usted que Soria es una provincia privilegiada.

—¿Y por qué es así?

—Porque todos los chicos, incluso los más humildes, podemos ir a la escuela.

—¿Y por qué más?

—Porque gracias al sistema de vida que tenemos, basado en el cultivo de la tierra de secano, pues...

—Pues ¿qué?

Don Florentín comenzaba a desesperarse y ya tenía preparado el cepillo de borrar la pizarra para lanzárselo directamente a la cabeza si se olvidaba de algo. Al intuir lo que se le venía encima, Cosme aceleró su respuesta.

—Pues que como la época más dura de trabajo es el verano, que coincide con las vacaciones, los chicos pueden ayudar a sus padres sin necesidad de faltar a la escuela.

Al terminar, el chaval respiró hondo y permaneció firme, mientras aguardaba la reacción del maestro.

—Está bien —dijo al fin, casi molesto—, puedes sentarte. Y la próxima vez espero que andes más atento cuando yo hablo, y no mirando a las musarañas. ¿Estamos?

—Sí, señor.

Cosme sabía que lo trataba de forma injusta, pues había seguido fielmente las explicaciones de don Florentín. Los que habían estado cuchicheando y riendo eran Segundo, el hijo del dueño de la fábrica de harinas, y Ángel, el hijo del confitero. Pero eso no le importaba demasiado: era viernes 29 de mayo, empezaban las vacaciones y no tendría que ver el malhumorado rostro de don Florentín hasta después del verano. De nuevo, la voz del maestro sonó atronadora en los oídos de todos los alumnos, aunque en esta ocasión sólo era para anunciarles que la clase había terminado.

—Salid en orden y sin alborotar. ¡Hasta septiembre!

Esta vez no tuvo suerte don Florentín: no hay disciplina capaz de poner puertas al júbilo del verano, y los alumnos abandonaron el aula atropelladamente, desesperados por encontrarse en la calle, en plena libertad.

Antes de partir hacia casa, el grupo de chavales que recorría el mismo camino a diario se detuvo en la plaza de San Pedro para jugar al burro con los demás chicos. Luego, cuando se hartaron de jugar y reírse, se pusieron en marcha. Durante el trayecto no pararon de hablar, sobre todo Cosme, que se entretenía visitando los nidos de los abejarucos y oyendo el croreo de las cigüeñas sobre cualquier casucha abandonada. Le encantaba: le recordaba cuando su madre machacaba ajo en el mortero. Como de costumbre, hicieron un alto en el remanso del río donde solían chapotear desnudos, sobre todo ahora con el buen tiempo. Si Amadora los viese... A la madre de los Moreno no le hacía ninguna gracia, ya que el agua, aun en pleno verano, estaba bastante fría y podían contraer alguna enfermedad del pecho o de los huesos, además del peligro que siempre tenían los ríos, llenos de pozas y de corrientes.

Poco a poco, cada uno de los chicos fue despidiéndose del resto ante la puerta de su casa hasta que nada más pasar la cuesta del molinillo, Cosme y sus dos hermanos —Agustín y Victoriano— se quedaron solos. Era el momento de echar a correr y tratar de recuperar el tiempo perdido. Amadora sabía bien que desde la escuela hasta la casilla se tardaba aproximadamente media hora, y si se demoraban más, al llegar los esperaba una buena reprimenda o algún zapatillazo por desobedecer las reglas.

Por suerte para ellos, aquel mediodía otras nuevas rondaban la cabeza de Amadora y, aunque era ya bastante más tarde de la hora prevista, en vez de cogerlos de las orejas se limitó a apremiarlos para que en-

trasen. En la mesa de la cocina, además del humeante y sabroso cocido diario los aguardaba una agradable sorpresa.

—Ha llegado una carta de Madrid.

—¿De quién? —preguntó raudo Cosme. Y es que de los siete hermanos, cuatro vivían en Madrid: Rosalía se había mudado hacía ya varios años, cuando se casó con Sixto, un oficial tupista miembro de la UGT; Teresa Jesús y Teodora servían en casa de unos señoritos en el barrio de Salamanca, y allí seguirían hasta que se hicieran con unos ahorros que les permitiesen poner un taller de costura, pues ambas habían aprendido a coser en Almazán y estaban deseando ejercer el oficio de modistas y ganarse la vida sin tener que limpiar las miserias a otros; y luego estaba Antonio, casi un ídolo para el menor de los Moreno.

—¿Tú qué crees? —respondió Amadora con una sonrisa en los labios. Cosme dio un respingo de alegría y pidió que se la diera para leerla en voz alta. En ella, Antonio pedía a sus padres que permitieran que Cosme fuese a Madrid durante los meses de junio, julio y agosto para ayudar a su esposa María, que se encontraba en la recta final del embarazo.

—Madre, ¡por favor! Me dejará ir, ¿verdad?

—Bueno, tengo que hablarlo con el padre. Si está de acuerdo, pedirá el pase de favor y en menos de una semana cogerás ese tren para Madrid. Tres meses se pasan enseguida, y lo más importante es que estarás aquí cuando empiece la escuela.

Los otros dos hermanos protestaron.

—¿Y nosotros por qué no podemos ir? —terciaron Agustín y Victoriano a una.

—Pues porque la última vez que estuvo aquí Antonio, en enero, ya se lo prometió a Cosme. Además, sabéis que os toca ayudarme en la casa y con los animales. Tengo que atender el paso a nivel y no puedo hacerlo todo yo sola —concluyó Amadora—. Pero os prometo que en la próxima ocasión iréis vosotros.

Aquello zanjó la charla y ninguno de los hermanos —ni siquiera Victoriano, a quien tanto le hubiese gustado acompañar a Cosme a la capital— volvió a discutir el tema o a mencionarlo siquiera, salvo para pedir al más pequeño de los Moreno que no se olvidase de escribir contándoles todo cuanto viese en Madrid. Esa misma noche, el padre, con su letra temblona e insegura, respondió a su hijo Antonio para comunicarle que el chico llegaría a Madrid el domingo de la próxima semana.

Durante esa semana de espera, Cosme y sus hermanos siguieron con la rutina diaria: salían al campo a buscar los ababoles para los conejos, y a ayudar a su madre en el cuidado de los animales. Aquél era el momento del día que de verdad disfrutaban: corrían y corrían sin parar por los campos, que eran como mares amarillos mecidos al compás del viento, repletos de vida, a la espera de que la guadaña empuñada por campesinos los liberara de su pesada carga hasta la cosecha del año siguiente. Cuando regresaban a casa, impregnados del aroma penetrante de los trigales, llevaban consigo todo un repertorio de bichos y pájaros que recogían al mismo tiempo que el forraje para sus animales: escarabajos, tijeretas, mariquitas, cortapichas y grillos que inspeccionaban hasta saciar su curiosidad. Otras veces y armados con tirachinas —una horqueta sacada de la rama de un árbol, una badana y las gomas de un neumático—, se dedicaban a derribar de certeros disparos en la cabeza a cuantas picarazas se pusieran a su alcance, pues se las consideraba de mal agüero y además usurpaban los nidos de los pajarillos más indefensos para alimentarse de sus huevos.

Cosme estaba pletórico. Delante de Victoriano procuraba no hablar nada del viaje para no darle envidia, pero con su amigo Basilio era distinto: con él podía presumir de todas las cosas que su hermano Antonio ya le había dicho que vería en Madrid, de los lugares que iba a conocer, los cines, el circo, la Casa de Fieras...

El tiempo pasó volando y a la semana siguiente, como le había dicho su madre, tenía en sus manos el pase de favor para viajar a Madrid. El tren partía de Almazán a las siete de la mañana, por lo que debería acostarse temprano para levantarse sin sueño y estar a tiempo en la estación. La noche previa al viaje, Amadora le preparó un hatillo con dos mudas, dos camisas, un pantalón y otro juego de alpargatas: con eso tendría bastante; total, sólo serían tres meses. Terminados todos los preparativos, la mujer se acostó en la cama, pero estaba inquieta por la partida de Cosme y era incapaz de dormir. El pequeño nunca había salido del pueblo; todo su mundo se reducía a la casilla, el campo y la escuela. Parecía un pajarillo alegre, puro y libre, que siempre volvía al hogar porque aún necesitaba del calor y la ternura de su madre. Estaba convencida de que Antonio cuidaría muy bien de su hermano pequeño; de María, sin embargo, no lo tenía tan claro. Había algo en ella que... Sacudió de su mente los malos augurios. Nadie podría hacer daño a un chico tan noble e inocente, ¿verdad? Tal vez sólo se cernieran sobre ella las sombras de la ausencia: tres meses sin los abrazos, sin los arrumacos, sin las risas del

menor de sus siete hijos se harían largos. Debía reconocerse a sí misma que sentía un cariño muy especial por el pequeño. ¡Le recordaba tanto a Valeriano! A veces se quedaba mirándolo, mientras el muchacho estaba concentrado en hacer los deberes, y era como ver el vivo retrato de su marido. Emocionada por estos sentimientos, se levantó y caminó casi de puntillas hasta la cama de Cosme. Dormía. Inclinandose, posó sus labios sobre la frente del chico, al mismo tiempo que le susurraba:

—Hasta pronto, mi amor, te echaré de menos.

Al alba, Cosme ya estaba preparado. Hablaba en voz baja con Victoriano, que se había levantado para despedirle.

—Cuida del pardillo —decía el pequeño. Ambos habían encontrado el pájaro caído al pie de un árbol dos días atrás, y desde entonces se había convertido en una suerte de mascota. El mayor asentía entre bostezos—. Y cuando esté listo lo sueltas, ¿eh? Que tendrá que buscar a su madre y a sus hermanos.

Victoriano se lo prometió y regresó a la cama a instancias de su padre. Antes de que la puerta de la casa se cerrase a su espalda, Amadora abrazó a Cosme y le dio dos sonoros besos en las mejillas, mientras le recomendaba que se portara bien y que obedeciera en todo a Antonio y María. Conforme hablaba, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, pero enseguida se las secó con el dorso de su mano para evitar que Cosme se diese cuenta; no quería hacer aún más difícil la partida.

En ese momento, a poco menos de doscientos kilómetros, en Madrid, Antonio recorría de un lado a otro y a grandes zancadas el pequeño piso que María y él ocupaban desde hacía tres años en la calle Leganitos, cerca de la plaza de España. Su mujer, embarazada ya de más de seis meses, se apoyó indolente en el marco de la puerta del comedor.

—¿Se puede saber dónde piensas meter al crío?

—Pues ahí, mujer. En el cuarto que está al lado de la cocina y que no usamos. Vaciamos todo, instalaremos un catre de tijera y traeré un armario que le sobra a mi hermana Rosalía. Después de todo, será por poco tiempo.

—Ese cuarto no tiene ventilación, es oscuro.

—Da igual, María. Se adaptará, no es ningún señorito.



### III

*Madrid*

*(7 de junio-18 de julio de 1936)*

#### 1

**E**l 7 de junio de 1936, a la una del mediodía, Antonio recogía a Cosme en uno de los andenes de la Estación de Atocha. Al parar el convoy bajo el chirriar de las ruedas y el silbato agudo de la locomotora, Cosme asomó tímidamente la cabeza por una de las portezuelas del coche de tercera clase, y al ver a su hermano en el andén saltó de un impulso los dos estribos que lo separaban del suelo hasta caer en los brazos de Antonio.

—¡Qué alto estás, Cosme! ¿Qué tal el viaje?

—Bien. He venido con el Getrulio, que se llegaba a Madrid a casa de una hermana. Me ha ido explicando todas las estaciones por las que pasamos, los ríos, las iglesias y...

—Bueno, está bien, tranquilo. ¿Y el equipaje?

—Traigo este hatillo que me ha preparado la madre.

—Está bien, vamos, es casi la hora de comer, iremos en metro para llegar a tiempo.

Cosme no dejaba de mirar y admirar todo. La gran mole de la estación le parecía una de esas iglesias grandes que venían en los santos de la enciclopedia de don Florentín. Si el interior de Atocha ya le pareció majestuoso, al salir al exterior el muchacho estaba fuera de sí. La gran variedad de personas, las aguadoras, los mozos portaequipajes, los pediguños... Al ver su reacción, Antonio no pudo dejar de pensar en él mismo cuando llegó a Madrid, hacía ya más de doce años, y apretó suavemente la mano del chico en un gesto de complicidad, a la vez que tiraba de él hacia la boca del metro de Atocha.

Llegaron a Leganitos justo a las dos de la tarde. Desde la Red de San Luis, habían ido caminando a lo largo de la Gran Vía mientras disfrutaban del día soleado y ya casi bochornoso, por lo que agradecieron la entrada al frescor de la casa. Desde el portal les llegaba el delicioso aroma de la comida que María tenía preparada: domingo, día de paella.

El bloque de la calle Leganitos era un edificio de ladrillo enfoscado,

con la tipología clásica de los bloques de viviendas que se construyeron en Madrid a finales del siglo XIX, y una estructura y distribución interior que seguían el mismo esquema de todas esas construcciones verticales. El edificio entero era de alquiler, y a cada primeros de mes se veía al propietario, don Miguel Osuna, merodeando por el vecindario para cobrar sus rentas. Se entraba por un portalón estrecho y oscuro que desembocaba en un patio de luces. Debajo de la escalera que daba acceso a los pisos estaba situada la portería, un pequeño espacio regentado generalmente por una mujer —en este caso era María, la mujer de Antonio—, que se encargaba de hacer la limpieza de la escalera y vigilar la entrada y salida de propios y extraños. Estas porterías llegaron a ser un clásico en Madrid y sus moradoras las convertían en un auténtico lugar de encuentro. En el centro de la portería había una mesa camilla, bajo la cual se situaba un confortable brasero en los fríos meses de invierno. En un lateral de la pared, sobre una desvencijada consola, María había colocado un pequeño infiernillo de carburo, que utilizaba para hacer o calentar café, y su inseparable radio de galena, que le había fabricado Antonio para que se entretuviese escuchando sus seriales favoritos.

El bloque constaba de cuatro alturas. En la principal, ocupaban la planta entera cuatro alcobas, gabinete, comedor, salón y cocina. Esta planta era toda exterior y cuatro balcones asomaban a la calle Leganitos. Vivía en ella el matrimonio formado por doña Segunda Izquierdo y don Arturo Peláez, que llevaba la representación de varias empresas de alimentación y había alcanzado, con el tiempo y gracias a su trabajo tenaz, la categoría de jefe de zona de toda la provincia de Madrid y de Castilla la Nueva, y gracias a eso su situación era más que desahogada; tanto que entre la vecindad se les tachaba de pequeños burgueses. Vivían con ellos sus dos hijos: Isabelita, de veintiún años y a punto de contraer matrimonio, y Arturito, de dieciocho, que ya empezaba a ayudar a su padre en el negocio de las representaciones. Y como último habitante del principal estaba Jacinta, la criada, que llevaba más de media vida con sus señores y los quería como si fueran sus segundos padres.

En los otros tres alzados, había dos viviendas por planta. Los de la derecha eran todos interiores; los de la izquierda, exteriores; y en la última altura se hallaba la buhardilla, cuyas ventanas daban al tejado. En el hueco de la escalera de cada piso estaba situado el retrete: un agujero rematado por unos tablones de madera, donde los vecinos hacían sus aguas mayores y donde también se deshacían de todas las aguas sucias. Estos retretes se comunicaban entre sí a través de un tubo que llegaba hasta el

sótano del edificio, y desde allí caía a un pozo negro que desaguaba en el sistema de alcantarillado de la ciudad, por lo que, sobre todo en el verano, la escalera quedaba invadida por un olor a excrementos tan denso que era imposible pasar más de unos segundos cerca de ella.

El segundo piso de la izquierda lo ocupaban Melchora y Crispín: ella ama de casa; él, tranviario. Era un matrimonio de mediana edad sin hijos, con un carácter alegre y bonachón, y en el que la orondez de la mujer contrastaba con la extrema delgadez del marido, pues parecía que a Crispín, como se decía entonces, «le daban la ración en moscas y se le escapaban». Los de la derecha eran cuatro de familia: Magdaleno y Petronila formaban el matrimonio. Ella lavaba ropa en la ribera del Manzanares y él trabajaba de mozo en la Estación del Norte. Tenían dos hijos: Romualdo, de quince años, y Magdaleno, de diecisiete, los dos estaban en el taller de ebanistería de Argimiro Bermúdez y con sus salarios contribuían a sostener la ajustada economía de la familia.

La inquilina del tercero izquierda era Paca. Viuda de un sargento, vivía de un pequeño subsidio del Ministerio de la Guerra al haber fallecido su esposo «en acto de servicio a la Patria», pues cayó en combate en 1926 en la guerra de África. Aun así, la pensión apenas le alcanzaba para malvivir y sólo gracias a la generosidad de sus vecinos se le hacía la vida más llevadera: ellos le proporcionaban comida y ropa usada, y a cambio ella también arrimaba el hombro cuando las familias la necesitaban. Guadalupe y Marciano, los del tercero derecha, eran los más jóvenes: se habían trasladado a Madrid hacía únicamente unos meses, tras la victoria del Frente Popular, desde el extremeño Castuera, un pueblo esencialmente agrícola y ganadero, donde se ganaban la vida con mucho sacrificio, trabajando las tierras del señorito de sol a sol a cambio de unas perras y una medio choza donde vivir y criar a sus hijos. Eran padres de tres criaturas y una cuarta venía en camino, por lo que pensaron que en Madrid tendrían mayores oportunidades. Marciano logró colocarse de peón en el depósito de locomotoras de la compañía del norte, en la estación de Príncipe Pío. El trabajo era duro, ya que consistía en acarrear durante todo el día las pesadas piezas de las grandes locomotoras de vapor; pero al menos se sentía libre al acabar su jornada, no tenía que seguir sirviendo a nadie.

Por fin, arriba del todo, vivían Antonio y María. Ya iba Cosme a comenzar a subir el primer tramo de escaleras rumbo a la casa cuando su cuñada salió de la portería para darle dos besos sin demasiado entusiasmo y alabar lo bien que se le veía.

—Pero ¡qué guapo estás! ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Te ha gustado Madrid?

Cosme asentía azorado.

—Mañana iremos juntos a los sitios donde tendrás que aprender a moverte, sobre todo al mercado de los Mostenses, y luego te enseñaré las tiendas más cercanas: la botica, el zapatero, el carbonero, la lechería y la taberna, para que en adelante seas tú quien vaya a los mandados, que ya ves que pronto nacerá el niño y yo no puedo moverme mucho. —Cosme escuchaba atento, boquiabierto—. ¡Qué alegría verte aquí, chico!

Delante de su marido, María trató de mostrarse todo lo amable que pudo, aunque en su fuero interno la presencia del muchacho en su casa no le hacía ninguna gracia. Lo disimuló bien: Antonio no advirtió nada extraño; recogió el hatillo de su hermano, lo subió a la buhardilla, lo dejó sobre el catre de tijera en la habitación que le habían destinado, colgó la escasa y humilde ropa en el único armario del cuarto y se dispuso a bajar a la portería para comer.

Devoraron la paella escuchando las noticias que Cosme traía de sus padres y del pueblo, y hablaron de cómo sus otros dos hermanos, según los planes de su madre, nada más terminar los estudios se irían a la estación para prepararse y entrar al ferrocarril como ayudantes de factor.

Después de comer, Antonio tenía que ir al partido y pensó que sería buena idea que Cosme lo acompañara, así podría enseñarle más cosas de Madrid y, sobre todo, conocería a Paloma. El chico no pudo reprimir la emoción ante la propuesta de su hermano.

—¡Sí, claro que me gustaría ir! Aunque si María quiere que me quede, pues...

—No, chico, tranquilo. Me duele la cabeza y creo que me pasaré toda la tarde durmiendo. Ya habrá tiempo para que veas el barrio.

—Bueno, pues no se hable más —dijo Antonio—. Lávate un poco y nos vamos, ¡que hay mucho que hacer!

## 2

—La situación es realmente grave. Tenemos que actuar ¡y rápido! Desde que ganamos las elecciones de febrero, los militares no han dejado de conspirar contra la República junto con los pistoleros de la Falange.

Antonio se había encaramado sobre la mesa y en torno a ella estaban reunidos la casi totalidad de los miembros del comité central del Partido Comunista. Trataba de convencer a sus compañeros de la gravedad de la situación política y social que se abría ante ellos, de la necesidad de olvidar viejas rencillas entre las fuerzas de izquierdas y de que había llegado el momento de unirse todos para combatir a los fascistas.

—Hay que transmitir a la población, y sobre todo a Casares Quiroga, que esto no es un juego, que los militares van en serio y si no tomamos medidas, nos arrebatarán la República y con ella todos los logros sociales que hemos alcanzado los trabajadores. ¡No podemos permitirlo!

—¡Camaradas! El compañero Antonio tiene razón —intervino Plácido—. Hemos de convencer a las autoridades para que nos faciliten armas con las que defendernos. Al menos podremos responder de la misma manera sus ataques, sus asesinatos.

No era la intención de Antonio que su hermano pequeño viviese aquel momento, pero cuando llegaron la reunión ya había comenzado y a lo largo de la tarde la conversación se había ido incendiando: en la calle, el aire estaba enrarecido y las dos últimas medidas del Gobierno —el decreto de suspensión del pago de las rentas latifundistas en Andalucía y Extremadura, y la obligación de los patronos de admitir a los obreros despedidos durante el período del Bienio Negro— habían exacerbado además los ánimos de capitalistas y terratenientes, que de golpe veían mermados sus intereses. Desde el Gobierno se estaba poniendo límite a siglos de explotación de la clase trabajadora, y las conclusiones de Antonio no podían ser más preocupantes:

—Unos y otros se unirán a la sedición de los militares —profetizaba ahora con voz seria—, y si esto sucediera, estaríamos en la antesala de una guerra. —Al oír la última palabra, Cosme dio un respingo y sintió que un escalofrío recorría su espalda cuando los allí presentes unieron sus voces en un único grito.

—¡Muerte a los patronos! ¡Muerte a los terratenientes!

—¡Basta, basta, por favor, tened calma! —intervino León—, así no llegaremos a ningún sitio. Si queremos ganar este pulso, hemos de organizarnos, formar comités de barrio o de distritos con instrucciones precisas sobre cómo obrar ante esta situación caótica.

Cosme permanecía muy atento a todo cuanto se debatía, aun sin entender gran cosa. Al terminar la reunión, Antonio se acercó hasta él y trató de borrar esa expresión asustada de su rostro.

—¿De verdad puede haber una guerra? —preguntó el chaval.

—Pensamos que sí, pero justo eso es lo que queremos evitar. No te preocupes, al final venceremos nosotros, los trabajadores —concluyó Antonio levantando el puño al tiempo que con la otra mano alborotaba el pelo del muchacho. Paloma se había acercado a ellos mientras hablaban.

—Hola, supongo que tú eres Cosme, ¿no?

—Cosme, te presento a Paloma: es una camarada y amiga mía.

—Encantado, señora —dijo el chico mientras le tendía la mano y le miraba el pelo con curiosidad. Ella se la estrechó con una leve sonrisa.

—¿Te gusta?

Cosme se ruborizó.

—Sí, es del mismo color que las zanahorias.

Todo el grupo rió de buena gana la ocurrencia del muchacho. Pocos minutos después, Antonio, Plácido, Cosme y Paloma se dirigieron como siempre hacia la calle de la Farmacia, donde estaba la taberna de Frasco, a tomar unos chiquitos y degustar unas exquisitas gallinejas. Al chaval, el fuerte olor de los entresijos le provocó una ligera náusea que de nuevo hizo reír al resto.

—¿No te gusta? —le preguntó Antonio.

—No mucho, ¿qué es?

—Son tripas de cordero, aquí en Madrid es muy típico, se preparan fritas con manteca de cerdo y están de muerte. ¿Quieres probarlas?

Cosme no pudo evitar un gesto de repugnancia.

—No, otro día.

Ante la desconfianza del muchacho, los tres compañeros sonrieron divertidos y le ofrecieron comer un buen bocadillo de calamares. Esta vez no preguntaron, simplemente le instaron a probarlo y aguardaron expectantes el primer bocado. No hizo falta preguntar nada: por la avidez con la que comenzó a devorarlo, dieron por hecho que habían acertado.

Antonio, Plácido y Paloma habían entablado una buena amistad. Los dos hombres se conocían de varios años atrás, desde que el suegro de Antonio, Higinio, lo llevara a la sede del partido hacía casi diez años. Paloma se había unido al grupo hacía sólo unos meses, unos días después de la victoria del Frente Popular en las elecciones del mes de febrero, y no había tardado en ser una más. Era una mujer con la que se podía hablar de todos los temas sin que la mojigatería llegara nunca a sonrosar sus mejillas, y la trataban de igual a igual. Entre los tres se había asentado una agradable rutina, y después de las reuniones siempre iban a la taberna de Frasco. Luego Plácido se marchaba a coger el metro en la

Glorieta de Bilbao hasta su casa en la calle de Bravo Murillo, y Antonio y Paloma caminaban juntos hasta la Red de San Luis, donde se despedían.

Tras doce años en Madrid y aun en tiempos tan convulsos como los actuales, Antonio sentía que al lado de sus amigos había encontrado su lugar dentro del partido. Aunque también es cierto que por el camino habían ido quedando muchas cosas. Quizá demasiadas.

### 3

Antonio llegó a Madrid en 1924. Su madre tenía un primo segundo en la capital, que era el encargado de una tahona; allí aprendería el oficio de panadero. Higinio, apodado el Tío Tripón por la inmensa mole de grasa que daba forma a su barriga, era anarquista por convicción desde que una vez (allá por 1868, cuando contaba con sólo catorce años) oyó hablar a Fanelli, el yerno de Bakunin, en la fábrica donde trabajaba su padre. En un principio no entendió ni una palabra, pues el líder anarquista habló en francés, pero aun así el muchacho quedó obnubilado: lo que decía sonaba muy bien, y un hombre que hablaba de esa manera únicamente podía querer cosas buenas para los demás. A partir de ese momento, toda su vida giró en torno a las ideas libertarias.

Años después aquel chico formó una familia y tuvo tres hijos y una sola hija, que recibió el mismo credo y filosofía que sus hermanos varones. Vivían todos en la calle Valverde 12 y en los bajos del bloque tenían la panadería. Desde que el ayuntamiento había acometido el trazado de la Gran Vía, la casa de Higinio había ganado mucho: con el derribo de los lóbregos edificios que la rodeaban, la casa había quedado en un buen punto de la calle Valverde, y desde entonces contaba con buenas vistas y ventilación, tan necesarias para mantener una higiene adecuada y evitar las enfermedades. Además, con la nueva avenida, la calle quedaba lista para la entrada y salida de carros y, sobre todo, para la moto con sidecar en la que se hacía el reparto del pan.

Antonio se instaló en la casa y fue acogido como un hijo más. Entró de aprendiz en la tahona con sueldo de una peseta diaria más la comida y la cama, pero poco a poco fue aprendiendo hasta hacerse oficial de pala, a nueve pesetas diarias. Estuvo con ellos siete años y durante ese tiempo formó su idea del mundo y, sobre todo, conoció el amor.

María, la hija de Higinio y Casiana, le deslumbró desde el primer momento. Donde con el tiempo vería caprichos, exigencias e irresponsabilidad, en los inicios veía Antonio fresca, vida, libertad a raudales. Sin ser una belleza, su actitud abierta le había regalado varios novios con los que había conocido todos los placeres del amor y el sexo, aunque ninguno de ellos había cuajado tanto como para abandonar el cómodo hogar familiar y formar uno propio. Cuando conoció a Antonio, María tenía veintiséis años y ya era, como se decía entonces, «moza vieja»: una joven experimentada a la que Higinio, partidario del amor libre, había educado en esta forma de ver la vida. No tardó mucho en proponerse la conquista del recién llegado de Almazán. En cuanto le vio —atractivo, alto, delgado, de cuerpo fuerte y musculoso, bien formado, y con ojos cautivadores de un tono indefinido entre verde y caramelo—, se dijo que si como parecía ese chico no había probado aún las mieles del sexo, ella se las descubriría.

Apostada en la mesa de la portería, María recordaba ahora aquellas tardes primeras donde todo era tan distinto. Los paseos por la recién inaugurada calle de la Gran Vía, con sus aceras repletas de tiendas, las joyerías de lujo, las camiserías, los tapiceros y los comerciantes de tejidos de seda. Las visitas al cine, al teatro, a las verbenas. Las tardes de fútbol en el nuevo estadio de Ciudad Lineal. Las corridas de toros con cartel de Marcial Lalanda o Cagancho. Las veladas sabatinas de boxeo en el frontón de la plaza del Carmen, donde Antonio jaleaba los golpes del campeón Paulino Uzcudun mientras ella sonreía pensando ya en cómo reunirse con él bajo las sábanas en cuanto cayese la noche.

A los dos meses, Antonio parecía otro hombre. «Con esa pelliza del padre que nos traía puesta al llegar, tan ufano», sonrió de lado María al recordarlo en la distancia. Al poco se había empeñado ella en que la cambiase por un abrigo ligero, y las alpargatas por zapatos: ropa de domingo comprada en los almacenes de la Puerta del Sol. Y así fueron pasando los meses: por el día en la tahona a la que se había adaptado perfectamente —se levantaba a las cuatro de la mañana para encender el horno y que a las seis, cuando llegaran los oficiales e Higinio, ya estuviera todo listo para amasar, hornear y poco después repartir el pan—; por las noches, la vida nocturna. La costumbre fue desterrando la admiración continua —la luz eléctrica, el teléfono, los tranvías, todo, todo le impresionaba—, aunque siempre le quedó ese poso de inocencia que María alentaba, feliz en su papel de cicerone. Ella pasaba toda la semana haciendo planes para el domingo.